



MAPEAR EL FRACASO

UNA NARRACIÓN DISIDENTE DE LOS AFECTOS HOMOERÓTICOS EN CARLOS CORREAS

MAPPING THE FAILURE
A DISSIDENT NARRATIVE OF HOMOEROTIC
AFFECTIONS IN CARLOS CORREAS

AUTOR

Eduardo Mattio

FemGeS, ClFFyH, Facultad de Filosofía y Humanidades,
Universidad Nacional de Córdoba

Cómo citar este artículo: Mattio, E. (2020). Mapear el fracaso.
Una narración disidente de los afectos homoeróticos en Carlos Correas.
Revista Diferencia(s), n. 10, pp. 41-50.

Artículo

Recibido: 20 de mayo de 2020

Aprobado: 15 de junio de 2020

RESUMEN

En un contexto internacional y regional en el que la llamada diversidad sexual se halla sujeta a los patrones sexo-afectivos que consideran al matrimonio como una institución privilegiada, se hace preciso contribuir a la descripción, configuración e imaginación de otras formas de vida disidente que pongan en cuestión el trabajo emocional que requieren las políticas de asimilación LGTB. Para ello, es necesario explorar en nuestro medio cultural aquellos “mapas afectivos” (Flatley, 2008) que orienten y alienten otras formas de responsividad afectivo-moral disidentes que disputen las economías emocionales homonormativas promovidas por las agendas LGTB hegemónicas. En esa línea, la narrativa del escritor argentino Carlos Correas ofrece al lector esa experiencia de auto-extrañamiento que permite tomar distancia de los propios apegos afectivos, desfamiliarse de la propia vida emocional, para así reorientar la gramática emocional a la que nos vemos sujetos. En efecto, su narrativa opera como un mapa afectivo que recupera una constelación de emociones negativas que, por su anacronismo, desafían las economías afectivas hetero/homonormativas que impone el triunfalismo gay, y que, a la par, potencia la producción de otras narraciones sexo-afectivas disidentes en las que son resistidas las usuales gramáticas de éxito/fracaso gay.

PALABRAS CLAVE: HOMOSEXUALIDAD; FRACASO; MAPA AFECTIVO; DISIDENCIA SEXUAL; GIRO AFECTIVO

ABSTRACT

In an international and regional context in which so-called sexual diversity is subject to sex-affective patterns that make marriage a privileged institution, it is necessary to contribute to the description, configuration and imagination of other forms of dissident life that question the emotional work required by LGBT assimilation policies. For that, it is necessary to explore in our cultural environment those “affective maps” (Flatley, 2008) that orient and encourage other forms of dissident affective-moral responsiveness that dispute the homonormative emotional economies promoted by the hegemonic LGTB agendas. Along these lines, the narrative of Argentine writer Carlos Correas offers the reader an experience of self-estrangement that allows him to distance himself from his own emotional attachments, to become unfamiliar with his own affective life, and thus to reorient the emotional grammar to which we are subject. In effect, his narrative operates as an affective map that recovers a constellation of negative emotions that, because of their anachronism, challenge the hetero/homonormative affective economies imposed by gay triumphalism, and that, at the same time, encourages the production of other dissident sex-affective narratives in which the usual grammars of gay success/failure are resisted.

KEY WORDS: HOMOSEXUALITY; FAILURE; AFFECTIVE MAPPING; SEXUAL DISSIDENCE; AFFECTIVE TURN

INTRODUCCIÓN: MAPEAR LOS AFECTOS

Desde hace varias décadas, las lógicas del reconocimiento social gay están fuertemente marcadas por las economías de la asimilación y de la integración a alguna forma reconocible de vida conyugal y familiar. Por tal razón, en diversos lugares del mundo, y en Argentina en particular, las agendas LGTB han concedido a la lucha por el matrimonio homosexual un privilegio problemático. Entre nosotros, la obtención del llamado “matrimonio igualitario” se presentó incluso como la puerta de entrada a la consecución de otros derechos igualmente postergados. Obtenida esa conquista jurídica hace ya casi diez años, queda por valorar qué medida ha modificado y mejorado la vida del colectivo LGTB en su conjunto. Más aún, ha de examinarse el modo en que tal reforma jurídica ha intervenido en la subjetivación afectiva y política de quienes desean o no valerse de ese instrumento legal como medio de reconocimiento social. En efecto, aun cuando se acuerde en los diversos beneficios que supone el acceso al matrimonio civil para las personas LGTB, es preciso indagar acerca de los efectos de subjetivación que conlleva una política de asimilación que gira en torno de la conyugalización de la vida sexo-afectiva. O mejor, es necesario evaluar el costo que supone el trabajo emocional de adecuar la propia diferencia sexo-afectiva a instituciones presuntamente universales e inclusivas que no sólo empobrecen o restringen la vida sexo-afectiva, sino que repudian abiertamente otras formas alternativas de cultivarla (Ahmed, 2018). Frente a tal estado de cosas, entiendo que es preciso contribuir a la sostenida descripción y configuración de otras formas de vida disidente que resisten a las economías emocionales homonormativas alentadas por las agendas LGTB hegemónicas. En otras palabras, es necesario explorar en nuestro medio cultural aquellos “mapas afectivos” (Flatley, 2008) que orienten y alienten otras formas de responsividad afectivo-moral disidentes que disputen aquellas afecciones que, por ser mayoritarias, son mentadas como universales o naturales.

Según Jonathan Flatley, “mapeo afectivo” [*affective mapping*] es el nombre que recibe una tecnología estética —en el sentido clásico de *techné*— que permite representar la historicidad de nuestra propia experiencia afectiva (2008: 4). Dando por sentado que ciertas experiencias de modernización —la urbanización, la industrialización, la colonización imperial, los procesos de racialización y sexo-generación, etc.— no sólo son resultado de la circulación de determinados marcos doxásticos, sino de consolidadas matrices emocionales, a Flatley le interesa atender al impacto afectivo de la modernización, *i.e.*, a los modos en que las fuerzas sociales de la modernidad operan *en y a través de* las emociones, los modos en que nos volvemos los sujetos que

somos por la estructuración de nuestros vínculos afectivos (p. 4). Así como hay mapas cognitivos que proporcionan al sujeto un sentido de la agencia en el mundo social en general, *i.e.*, “una representación situacional por parte del sujeto individual de esa totalidad más vasta e irrepresentable que es el conjunto de las estructuras de la sociedad en su conjunto” (Jameson en Flatley, 2008: 77), también contamos con mapas afectivos que condicionan y orientan nuestras afectaciones en los espacios sociales que compartimos; en efecto, el término *mapa afectivo* “está destinado a indicar las imágenes que todos llevamos con nosotros en las que se registran los valores afectivos de los diversos sitios y situaciones que constituyen nuestros mundos sociales” (2008: 78). Frente a tales formas disponibles —de origen ideológico— de organizar y orientar nuestras respuestas emocionales, el trabajo que Flatley se propone es el de reconocer aquellos otros mapas afectivos que han disputado dicha distribución de lo afectable. En otras palabras, el autor considera que en momentos de intenso cambio social tales mapas son revisados, reparados o reconfigurados; en algún sentido, la tarea crítica de Flatley parece abocarse a visibilizar esos desplazamientos en la experiencia moderna. En esa línea, su consideración de ciertos artefactos culturales “modernistas” en tanto “mapas afectivos” le permite reconocerlos como “máquina(s) móvil(es) de auto-extrañamiento” capaces de distanciarnos de nuestra propia gramática afectiva para volverla visible en su factura contingente (Flatley, 2008: 7).

En los términos de Heidegger, Flatley interpreta esas gramáticas emocionales a partir de las atmósferas afectivas [*Stimmung*] que nos conectan de un modo particular con los otros y con el entorno. Ese modo primario de ser-en-el-mundo es la forma en la que ciertas cosas en ese entorno resultan importantes para uno; es la atmósfera en la que se forman las intenciones, se persiguen los proyectos y se pueden vincular afectos particulares a objetos particulares. Toda cognición o volición está mediada o filtrada por ese *Stimmung*; en ese medio afectivo, socialmente compartido, al que somos arrojados hacemos experiencia del mundo (2008: 5, 19-24). No obstante, tras la huella de Benjamin, Flatley presupone también la posibilidad de objetivar ese medio emocional compartido; el extrañamiento de sí mismo es ese “fermento decisivo” que permite objetivar la atmósfera afectiva [*mood*] compartida, que hace posible transformar el *tedium vitae* en *spleen*, que en el caso de Flatley despoja a la melancolía de cualquier componente depresivo para convertirla en un modo preciso de estar interesado en el mundo, habilitando así otros modos de ser, percibir y ser afectado. En ese sentido, el trabajo de Flatley sobre ciertos artefactos narrativos—por caso, la narrativa de H. James, de W. E. Du Bois o de A. Platonov—se justifica por la capacidad que tienen para producir en el lector esa experiencia de auto-extrañamiento que permite (i) tomar distancia de los propios apegos afectivos, desfamiliarse de la propia vida emocional, para así (ii) reordenar o reorientar la gramática

emocional a la que uno se ve sujeto (2008: 80). Esos son los mapas afectivos que a Flatley le interesa visibilizar.

En ese sentido, un mapa afectivo no funciona como una representación estática de un determinado paisaje emocional; más que establecer los límites precisos de un territorio, nos procura un sentido de orientación y habilita la movilidad en diversos sentidos. Como ha subrayado Cecilia Macón, a diferencia de un “archivo de sentimientos”¹ (Cvetkovich, 2018), la idea de “mapa afectivo” no sólo tiene la virtud de dar cuenta de la compleja superposición de diversos afectos —y así desestimar la pretensión de aislarlos como si se tratara de entidades discretas—; permite también expresar la orientación que brinda el mapa *qua* artefacto narrativo capaz de conducir la acción (2016: 14-15). Mientras que el archivo funcionaría como un repositorio en el que se sedimentan y solapan un conjunto de emociones socialmente cristalizadas, “el mapa implica una instancia productiva de esos sedimentos a los que pone en relación abierta y problemática con la acción futura” (Macón, 2016: 15). En los términos de Macón, un mapa afectivo no se limita a describir cierta estructura de sentimientos; produce un tipo particular de experiencia que no sólo tiene efectos sobre nuestra percepción del pasado sino sobre los cauces de acción futuros: “El mapa entonces expresa y genera un orden narrativo capaz de orientar la acción. No se trata del establecimiento de narraciones tradicionales, sino de la posibilidad de desplegar constelaciones narrativas atravesadas por la dimensión desestabilizadora y performativa de los afectos. Abiertas, heterodoxas, contingentes, multilineales, pero narraciones al fin” (Macón, 2016: 15).

En la línea propuesta por Flatley, este trabajo se enmarca en el propósito más amplio de ofrecer un mapeo afectivo marica que atienda a la especificidad de ciertas atmósferas afectivas que son usualmente desacreditadas en el horizonte abierto por el triunfalismo gay que deriva de las agendas matrimonialistas LGTB (Love, 2007a). A distancia de las gramáticas hegemónicas de éxito que se derivan de tales agendas, y en la línea del trabajo de Jack Halberstam (2018), me interesa recuperar la potencia ética y política del fracaso, en tanto suscribo que “[f]racasar es algo que las personas

queer hacen y han hecho siempre muy bien; para las personas *queer* el fracaso puede ser un estilo... o una forma de vida... y merece la pena cuando se compara con esos escenarios lúgubres del éxito que dependen del ‘intentarlo una y otra vez’” (Halberstam, 2018: 15). Es decir, con Halberstam entiendo que la decidida apropiación del fracaso no es de ninguna manera el “premio consuelo” por haber intentado el éxito y no haberlo logrado; es más bien una invitación a apropiarse del fracaso que la vida nos depara y hallar allí una serie de recursos críticos para encarnar una oposición disidente; se trata de habitar una atmósfera afectiva socialmente desautorizada y así desobedecer a los regímenes de éxito dominantes en el horizonte normativo neoliberal que nos sujeta.

En vista de lo dicho hasta aquí, entiendo que la narrativa de Carlos Correas ofrece algunos recursos para entrever una disidencia marica ajena al matrimonialismo gay; o mejor, sugeriré que su obra funciona como un mapa afectivo que comprende no solo ciertas experiencias homoeróticas marginalizadas; también da cuenta de cierta atmósfera afectiva que tienen la potencia de orientar otras formas de agencia marica. La experiencia del fracaso emocional que se figura en algunos de sus textos, particularmente en “La narración de la Historia” y en la segunda parte de *Los reportajes de Félix Chaneton*, contribuye a la edificación de un archivo local de representaciones fallidas y anacrónicas de las vidas *queer* (Love, 2015; 2007b) que visibiliza y desarticula críticamente las exclusiones homonormativas que involucran las gramáticas emocionales del orgullo LGTB. Más aún, proporciona al lector una experiencia de auto-extrañamiento que alienta a reacomodar en otros términos la gramática emocional que gobierna nuestra responsividad afectiva. En ese marco, el objetivo de este trabajo, entonces, es ponderar el modo particular en que la narrativa de Correas opera como un mapa afectivo que (a) recupera una constelación de emociones negativas que, por su anacronismo, desafían las economías afectivas hetero/homonormativas que impone el triunfalismo gay, y que, a la par, (b) potencia la producción de otras narraciones sexo-afectivas: relatos disidentes en los que son alteradas las usuales gramáticas de éxito/fracaso gay.

CARLOS CORREAS: UN MAPA DEL FRACASO I. LA NARRACIÓN DEL FRACASO HOMOSEXUAL

En el cuento “La narración de la Historia” (1959)², Correas relata las derivas identitarias (y urbanas) de un

¹ Para Ann Cvetkovich, la configuración de un “archivo de sentimientos” permite reconstruir en otros términos el modo en que ciertas culturas sexuales se las arreglan para lidiar con experiencias traumáticas tales como el incesto, la enfermedad, la diáspora, la discriminación; hace posible otro abordaje más comprensivo de ciertos episodios dolorosos en el marco de las culturas públicas lesbianas norteamericanas. Organizar tales materiales difusos y heterogéneos en un “archivo de sentimientos” supone emprender “una exploración de los textos culturales como depositarios de sentimientos y emociones, que están codificados no solo en el contenido de los textos, sino en las prácticas que rodean a su producción y su recepción. El foco puesto en el trauma sirve como punto de entrada a un vasto archivo de sentimientos, las muchas formas del amor, rabia, intimidad, pena, vergüenza, entre otras cosas que forman parte de la vitalidad de las culturas *queer*” (Cvetkovich, 2018: 22).

² El texto fue publicado en 1959 en la revista *Centro*, publicación del Centro de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El escándalo provocado por la circulación del texto redundó en el secuestro del volumen por las fuerzas policiales y en el posterior procesamiento del autor y de unos de los editores por

joven homosexual universitario, Ernesto Savid, y su vínculo con Juan Carlos Crespo, otro muchacho, morocho, de clase baja con el que tiene un par de encuentros casuales. Ocioso y confundido, mal dormido y excitado, Ernesto sale por la ciudad en busca de aventuras sexuales con otros varones. En Constitución, encuentra a Juan Carlos y allí comienzan una breve relación; el relato, sin eufemismos, cuenta con algunos detalles la proximidad sexual y afectiva que logran crear en un par de encuentros, mientras recorren distintos lugares entre Capital y el Conurbano. Pese a la brevedad del vínculo, éste resulta suficiente para que, durante el segundo encuentro, lleguen a fantasear, no sin ironía, con el proyecto de una vida en común:

—Además seríamos una pareja; como hay tantas. Y una pareja es algo fuerte, amenazante, que hace sentirse débiles a los que están solos. Vos pondrías tu naturalidad, tu violencia y tu inconsciencia sana de chico proletario y yo mi refinamiento, mi cultura, mi cinismo. *Vos serías el bárbaro conquistador que finalmente termina vencido y conquistado, como dice la historia.*

—¿Y yo, entonces, sería tu... tu hombre, tu macho?

—Oh, ya nos entenderíamos. Pero verdaderamente, vos serías mi chiquito, mi muñeco, mi chongo (Correas, 2005b: 213; cursivas mías).

Dicho eso, se despiden y se citan para el día siguiente; camino a su casa, Ernesto decide no verlo más:

Ese chico era una revolución para él; era algo nuevo y querido. El chico lo cambiaba, pero él debía dejarlo. Y si no era así, Ernesto *caía en el fracaso total*. “No puedo, no debo desearlos —se dijo—, desearlos a ellos es como si también deseara a mi padre, o a mi hermano o a mis compañeros de Facultad” (Correas, 2005b: 214; cursivas mías).

Crispado, al día siguiente, Ernesto vuelve a la calle; se propone encontrar al muchachito en Constitución, pero en el camino se encuentra con otras maricas, abandona la idea de encontrar al morochito y se va a la casa de uno de ellos en donde intiman como de costumbre. Ya muy tarde, de regreso a su casa, se siente calmo y renovado:

Estaba satisfecho. Sabía que al día siguiente ya no se acordaría de nada. Y además se sentía contento y

feliz, a diferencia de su crispación luego de las palabras con el chico de Constitución. Ahora era como si hubiese estado con una mujer: tranquilo, liberado, de acuerdo consigo mismo. Luego, en su casa, pudo dormir bastante por primera vez en mucho tiempo (Correas, 2005b: 215-216).

Vale la pena detenerse en el motivo —incierto y opaco— que cancela la breve relación que se teje entre los personajes. ¿Por qué, según Savid, el vínculo así planteado daría lugar a un “fracaso total”? ¿A qué alude la necesidad imperiosa de dejar a ese muchacho que “era una revolución para él”? ¿Al afán de no caer en una relación homosexual —entre chongo y marica— que le resulta tan repugnante como desear al padre, al hermano o a sus pares? ¿O más bien al intento de evitar un vínculo sexo-afectivo que reitera el fracaso monogámico heteronormado? Si bien es cierto que el título del relato parece aludir a la narración de una historia que se había aplazado en otro texto anterior —“El revolver” (1954)³ (Maristany, 2008; 2011⁴; Boero, 2017)—, entiendo que alude a otra narración que merece ser considerada (e interrumpida). Por una parte, según señala Maristany, el vínculo con Crespo debe ser cancelado puesto que lo haría sucumbir a la “amenaza del chongo”. Es decir, en la relación entre Ernesto y Juan Carlos, este último es descrito como el chongo, el macho, el hombre, el bárbaro. El estudiante —feminizado por su pertenencia de clase y su capital cultural— necesitaría huir de esa manera marginal de vivir los vínculos homoeróticos: al volver con el bailarín que vive en San Isidro, Ernesto siente que está con una mujer; en la proximidad racial y de clase encuentra sosiego y se reconcilia consigo mismo. Maristany señala:

En el marco de la subcultura homosexual, es un tópico recurrente el de la fantasía sexual con las clases populares y las culturas periféricas. Aquí, el

³ Este otro relato breve fue publicado originalmente en la revista Contorno, N° 3, 1954; su versión más reciente puede encontrarse en Correas (2005a).

⁴ En palabras de José Maristany, “la lectura de ‘El revólver’ permite aclarar a qué historia se está aludiendo: este cuento es el monólogo interior de su protagonista, un empleado de banco que vive con su madre, en el baño de su casa mientras sostiene en sus manos un revólver con el que planea asesinar a un muchacho de diecisiete años que es el objeto de su deseo y con quien, suponemos, ha tenido un acercamiento sexual unos días antes. Pero este episodio no se narra, apenas aparece sugerido en la trama textual. El personaje acosado por la culpa, reflexiona acerca de su condición de degenerado y corruptor mientras, entre otras cosas, piensa en que podría contar o escribir lo que ha ocurrido: “Empezar... supongamos que lo contara o lo escribiera. Habría que enterarlo al otro de todo. Salvarle los pequeños detalles técnicos: ‘Se trata de mi sobrino, el hijo de esa hermana mía, casada; es un muchachito de diecisiete años, se llama...” ... Pero esa historia es precisamente la que no se cuenta, no hay espacio para esa representación en los límites pudorosos de la literatura” (2008: 7; 2011: 224-225).

los cargos de inmoralidad y pornografía. Los detalles del periplo judicial padecido por Carlos Correas y Jorge Lafforgue, el editor de la revista, ha sido documentado en “Ante la ley. El relato prohibido de Carlos Correas” (2012, dir. Emiliano Jelicié y Pablo Klappenbach).

estudiante, en un movimiento similar, atraviesa sus espacios de pertenencia de clase y viene a realizar su fantasía sexual con el morocho. La relación, sin embargo, no prospera por la amenaza que significa para su “identidad” masculina el lugar de “chongo” que viene a ocupar su amigo (2011: 227).

Por otra parte, sin embargo, el relato parece sugerir que la ruptura obedece al deseo de no ceder a la construcción de “una pareja; como hay tantas. ... algo fuerte, amenazante, que hace sentirse débiles a los que están solos”; se propone detener la (habitual) narración de la historia (conyugal) a la que podrían sujetarse los personajes (Correas, 2005b: 213). Para no caer en el “fracaso total”, Ernesto necesita volver a la satisfacción que le proporcionan los vínculos ocasionales. En efecto, la súbita ruptura deja sin efecto la repetida historia que vincula a dos sujetos bajo la fórmula conyugal —“el bárbaro conquistador” que resulta “vencido y conquistado” en el marco de la institución marital—, un destino que, naturalizado entre parejas heterosexuales, puede ser reproducido por aquellos vínculos homoeróticos que se propongan alguna suerte de estabilidad. En esa línea, como observa Soledad Boero, en las derivas vitales que el protagonista ensaya “se pone en evidencia la tensión de buscar algo radicalmente ajeno a tener ‘una vida’ como la del resto, buscar algo que no pueda ser etiquetado y enmarcado en un campo de reconocimiento social” (2017: 62). Ese tránsito errático, no puede pasar por el cauce que supone la monogamia conyugal; frente a la presunta fortaleza de la vida de pareja que evidencia la debilidad de quienes permanecen solos, Ernesto elige desplazarse del fracaso homonormativo que supondría la estabilidad de una pareja homosexual al fracaso promiscuo e inestable que lo reconcilia consigo mismo, que lo deja dormir en paz. Esa apertura a una vida sin rumbo, a una trayectoria imprevisible —ese estilo de vida fracasado que Ernesto comparte con Juan Carlos y que éste no logra comprender— se convierte en el norte de una vida sin norte, en el destino de una vida que no se pretende “biografiable” (Boero, 2017):

He querido ser un hombre duro y libre. Algo así como un hombre solitario que camina por la noche: disponible y dispuesto a todo. Que va, desde luego, a su casa, pero que puede desviarse en cualquier momento hacia otra parte tal vez para siempre. Sin compromisos, sin costumbres, sin gustos de ninguna manera típico. Que puede volverse o seguir adelante. Solamente acosado por el hambre, el sueño o la suciedad y por el miedo de que a pesar de todo pueda tener una vida (Correas, 2005b: 209-210).

En efecto, “La narración de la Historia” no solo es “una flagrante transgresión a los límites de lo decible en el discurso social de fines de la década del 50” (Maristany, 2007); la

ficción de Correas también nos ofrece un mapa para la resistencia emocional; repone en cada lectura otra gramática afectiva —hoy desacreditada por anacrónica— que orienta otra agencia sexo-afectiva, que prefiere el fracaso promiscuo a la estabilidad marital. En esa deriva sin metas precisas, ese texto juvenil de Correas alienta otros guiones emocionales que todavía tenemos que interpretar.

II. EL FRACASO DE LA VIDA MATRIMONIAL

Tras una trayectoria juvenil “frenética” y “emputecida” —explícita en textos heterobiográficos⁵ como *Los jóvenes*, “La narración de la Historia” o la primera parte de *Los reportajes de Félix Chaneton*—, Correas se aparta de la homosexualidad para optar por una vida heterosexual, ascética y metódica, en la que el autor desaprende ciertos hábitos, reeduca su cuerpo para llevar adelante su formación filosófica e intelectual⁶. Liberarse de la homosexualidad, como señala Emilio Bernini, reimaginar la homosexualidad como una forma del Mal⁷, supone resolver la dilemática contradicción entre dos identidades que colisionan —la del homosexual y la del filósofo— (2011: 203; 205). En palabras de Eduardo Muslip, esa necesidad de reeducación obedece a que “[l]a homosexualidad es una forma de ‘disolvencia’ que no sirve a una identidad intelectual” (2011: 214); lo “disolvente” solo encuentra lugar como motivo literario, como experiencia narrable. Entre otras razones, salir de una experiencia homosexual antisocial e indecible no parece obedecer a la

⁵ Como advierte Boero, el relato heterobiográfico, “más que una trayectoria de vida, lo que intenta es mostrar la dificultad de mantener esa ilusión de trazado, de cronología de una vida; además de poner en revisión la primera persona que asume el yo como el principal operador en la narración de la experiencia vivida... Lo heterobiográfico parte de acentuar lo ajeno, lo irreductiblemente otro que permanece en pugna con lo que se pretende idéntico. Si la autobiografía se debate entre lo mismo y lo otro para llegar a un acuerdo y poder así otorgar un sentido a la experiencia vivida, lo heterobiográfico intentará... dejar en evidencia el artificio de la obra, de la trayectoria vital que se cuenta, de la experiencia como algo dado, del yo como unidad que le otorga sentido a una existencia...” (2017: 35). En ese sentido, la forma heterobiográfica parece ser la mejor forma de dar cuenta de una vida opaca, fuera de sí, marcada por emociones que la desposeen todo el tiempo.

⁶ Algunos pocos detalles de su abandono de la homosexualidad aparecen en la valiosa entrevista que hicieron Eduardo Rinesi, Horacio González, María Pía López y otros para la revista *El Ojo Mocho*, n° 7/8, otoño 1996, 7-44.

⁷ Según Eduardo Muslip, “[l]a homosexualidad para Correas, es el ‘Mal’ en cuanto se opone al ‘Bien’ encarnado por las reglas de la vida burguesa en general y el matrimonio heterosexual en particular. En este punto, se ve la imposibilidad de inscribir a Correas en los estudios de género posteriores, que en su dimensión política buscaron la ampliación de los modelos socialmente aceptables a través de la legalización del matrimonio gay y la modificación de leyes de herencia y adopción, entre otros objetivos. Más allá de esta noción de ‘Mal’, los textos de Correas muestran una complejidad en que la idea del aspecto meramente ‘transgresor’ de la homosexualidad se mezcla con la realidad de la manifestación de una zona del deseo difícilmente reducible a ese principio” (Muspil, 2011: 211).

dificultad de nombrar la homosexualidad como una identidad legitimada dentro de los imaginarios sociales de su época; como sugiere Bernini, supone más bien la imposibilidad de sustituir la sujeción a una identidad como forma estable —la homosexualidad como malestar— por una deriva identitaria que autonomice la identidad del sujeto del ejercicio de su sexualidad (2011: 204). En ese marco anterior a la cultura gay asimilada, Correas no puede menos que referirla homosexualidad como un fracaso: “narra materialmente, en su corporalidad, una historia homosexual, de errancia erótica, de levante, la relación sexual misma y, sobre todo, el saber cínico de la imposibilidad amorosa, el odio por la frustración de las expectativas que ese vínculo presentó” (Bernini, 2011: 206).

Ahora bien, la ardua reeducación del homosexual no da lugar a una heterosexualidad pacificada. Como advierte Muslip, el trabajo ficcional de Correas también ridiculiza las relaciones matrimoniales y los roles de género heterocentros:

Se subraya lo estéril y fascista de todo lugar de enunciación que parta de los roles sociales hegemónicos: una visión del mundo construida a partir de lugares comunes, asumida por sujetos incapaces de tomar distancia del propio lugar enunciativo, y con la comodidad de quienes pueden despreciar al que se escape de la norma, que ellos representan, o quieren o suponen representar (2011: 211-212).

Valga de muestra lo que Correas hace en la segunda parte de *Los reportajes de Félix Chaneton*, titulada “En la vida de un pueblo”. Allí el autor consigna, en otros términos, otra experiencia de fracaso sexo-afectivo: el agobio que supone la recaída de un homosexual en el contrato conyugal heteronormado en los confines de una vida pueblerina. Félix, un hombre casado de 40 años, ya no es el homosexual que fue en su juventud⁸; en el ahora del relato actúa una vida matrimonial rutinaria e insatisfactoria en la que sólo el alcohol le permite tener algo propio y auténtico (Correas, 2014: 194).

En este segundo reportaje⁹, Correas narra la visita que Félix realiza a la casa de sus suegros, en un pequeño pueblo del sur santafecino, durante enero de 1971. Desde la llegada a Coronado, en compañía de Victoria, su mujer, el relato detalla con morosidad el agobio y el tedio que supone la vida

pueblerina. La vida común, pautada y rutinaria, está marcada por la sucesión de diversos rituales cotidianos: “Tiempo de comer, tiempo para comer, además del trabajo, el hambre y las comidas miden el tiempo en Coronado; llegan a ser también la materia con la que se hace el tiempo” (Correas, 2014: 156). Desde el comienzo del día, observa Félix, “como gratas compensaciones, me esperan el almuerzo, el vino, la posibilidad de una siesta, el trabajo de la tarde, un paseo nocturno por el bulevar y la visión de las muchachas de Coronado” (Correas, 2014: 160). Chaneton, *alter ego* de Correas, se propone encontrar en esas rutinas la ocasión para disciplinar la vida —marcada en la juventud por los deseos homosexuales—, en pos de un proyecto intelectual que se edifica en el trabajo cotidiano. En este caso, traducir un libro del alemán o estudiar inglés un par de horas cada tarde, se hace posible en la medida que Félix concede adaptarse a las rutinas pueblerinas que irreflexivamente sirven de marco compartido:

...la minucia, la quisquillosa ceremonia de objetos, y acontecimientos sacuden la sensibilidad entera, como si en todos los rincones de Coronado se multiplicaran las invitaciones a realizar actos puntuales de una seca pasión: ver y nombrar lo visto. ...maravillarse por el pleno confort del aire acondicionado, adiestrarse en la beatífica vida doméstica, fascinarse con las cualidades, el modo de empleo de objetos y acontecimientos (Correas, 2014: 167).

Pese a que el cuerpo se resiste —una y otra vez, Félix se ve acosado por violentas náuseas, por la dificultad para dormir, por la sudoración continua—, organiza los medios para coincidir consigo mismo, respira hondo y se fuerza a adaptarse. En esa ardua lucha cotidiana, escandida por la suculenta ingestión de alcohol y comida, Félix hace todo lo posible por integrarse, por pertenecer a un orden que lo expulsa:

Contemplo el cielo, y de pronto un gran aire barre mi conciencia. “Pero si no estoy más que representando un papel”. Me siento pequeño y solitario. “Adaptarme. *Realmente* sentir lo que sienten ellos, *realmente* creer en lo que creen ellos, sana y serenamente satisfecho con lo real y conmigo mismo. Amorosa adhesión (Correas, 2014: 171).

Como advierte Boero, la sujeción a la callada violencia de ese orden familiar y pueblerino, soporífero y heteronormado, solo puede lograrse a fuerza de repetir un guión que amenaza con desubjetivar a Félix por completo (2017: 89):

Nuevamente se hace silencio en mi cabeza; al parecer con más frecuencia; al parecer ya es mío el sentir coronadense, ya son míos los habitantes

⁸ La vida homosexual juvenil de Félix Chaneton es motivo del primer reportaje titulado “Rodolfo Carrera. Un problema moral”, relato en el que Félix, siendo un joven de 25 años, acompaña a Rodolfo Carrera, un cuarentón recio, en la infructuosa tarea de encontrar a su hijo desaparecido, quien habría sido raptado por un grupo de degenerados. La deriva los lleva por cines, plazas y otro lugar de yire en los que se desplegaba la precaria socialidad homosexual en la Buenos Aires de los años 50.

⁹ Mi lectura de este texto es deudora del trabajo de María Soledad Boero (2017).

del pueblo: vivo en familia, nuevamente entro en un decorado de figuras inmutables; la luz de mi conciencia declina —pero *bienvenida ha de ser esta extinción: es el signo de mi integración*—... (Correas, 2014: 168; cursivas mías).

Tan onerosa adaptación en la que “[e]l orden de las palabras y de la voluntad no coincide con el orden de las sensaciones y de lo real” (Boero, 2017: 90-91) sólo se logra reiterando un mantra vacío que no se puede sentir como propio:

...me digo un discurso que ya tenía preparado, ...me digo *ser* un hombre que encuentra su alegría y honorabilidad en el trabajo y en servir al bienestar común, que tiene momentos emotivos con la televisión...; que se entretiene con las revistas ilustradas; que se informa y recoge noticias en los diarios; que solo acepta el quehacer positivo; que se satisface con una rica comida; que descansa de la lucha de cada jornada en la intimidad del hogar; ser un hombre arraigado en la comunidad; tendría *mi* función: aquí me movería como pez en el agua; todo en mí caería de su peso, me dejaría vivir, jamás me sentiría detestable... Todo me lo digo, pero solo me lo digo, nada siento de inmediato, nada real; solo una apariencia sin contenido donde se pierden las palabras (Correas, 2014: 184).

La asfixia estival a la que Félix se obliga se interrumpe abruptamente en el marco de una repetición condenada a malograrse. El reportaje siguiente, tercero y último, acontece en mayo de 1973, en los días previos a la asunción de Cámpora. En “El último recurso”, Félix ya es otro: separado de su mujer, vive solo en un hotel y frecuenta alumnas a las que dobla en edad. De su periplo matrimonial casi no hay rastro; de su deriva homosexual juvenil, menos aún. Solo permanece una vocación de fracaso que Félix se empeña en eludir, pero que retorna en la imposible pretensión de ser alguien.

Me gustaría cerrar este trabajo explicitando en qué sentido entiendo que la narrativa de Correas puede ofrecer algunos recursos para desfamiliarizarnos de la gramática emocional que nos sujeta a ciertas instituciones excluyentes del matrimonialismo gay. Para ello no hay que desconocerla distancia entre la experiencia sexo-afectiva que vehiculizan sus textos heterobiográficos y la de las disidencias maricas que podrían encontrar en sus textos un mapa afectivo. En el primer caso, cabe reiterar que la experiencia homoerótica de los personajes de Correas, en muchos casos tiene una relación conflictiva con los deseos homosexuales. Como han mostrado algunos críticos, a partir de la lectura sartreana de Genet, Correas no concibe la homosexualidad como un destino del que quepa enorgullecerse; es una práctica que “subvierte la economía de las estructuras de parentesco

burguesas” (Muslip, 2011: 210-211). Designa un *males-tar*, propio y ajeno, que deriva de la sujeción de un conjunto de prácticas sexuales a una identidad estable, cuando bien podría ser una *elección*, una forma de vida que se abraza o abandona deliberadamente. Nombra una subjetividad disolvente que resulta incompatible con el trabajo intelectual; una forma del Mal, clandestina y antisocial, que no soporta inclusión normativa alguna (Bernini, 2011; Maristany, 2011). En las disidencias maricas, en cambio, entiendo que hay una lectura de los deseos homoeróticos que no se limita a los guiones y prácticas que ponen como horizonte un contrato matrimonial pretendidamente monogámico y reproductivo. Entre maricas (cis y trans) hay un ejercicio de la sexualidad y una búsqueda de los placeres que no se limita al registro identitario gay, que disputa sus patrones corporales y sus economías afectivas. En la heterogénea variedad de derivas maricas se interpretan otras formas de vida que resultan inasimilables/das desde los usos, creencias y emociones que resultan reconocibles en el “ambiente gay”. Ciertas marcas vinculadas a la raza, a la clase, a la integridad funcional, a la expresión de género, a la edad, a la corporalidad, entre otras, colocan a ciertos cuerpos maricas en los márgenes de lo que resulta sexualmente deseable. Tales marcas no son necesariamente un motivo que impida, limite o inhiba la vida sexo-afectiva de muchas maricas; tales marcas han habilitado otras agencias sexo-afectivas que no resultan reconocibles en los límites de una vida “como la de cualquier otro”. Con lo cual, no habría que volver sobre el trabajo de Correas como si fuese un manifiesto escrito para la resistencia marica, sino más bien como un texto que leído en un contexto signado por el conyugalismo gay no puede menos que causar profundo extrañamiento.

Con lo cual, bien vale preguntarse: ¿en qué sentido los textos de Correas que aquí revisitamos funcionan como un mapa afectivo que (des)orienta la disidencia marica? En línea con la pretensión *queer* de recuperar ciertas representaciones desacreditadas y anacrónicas del deseo marica (Love, 2007b; 2015; Halberstam, 2018), figuraciones que resultan inapropiadas/bles en el marco del matrimonialismo gay, es posible construir un puente afectivo entre una disidencia marica hoy quizá desarticulada y cierta interpretación anacrónica de la homosexualidad que se trasunta en la narrativa de Correas. Bien vale mencionar que esa capacidad de producir auto-extrañamiento también aparece en un archivo cultural variopinto que todavía es preciso reunir y analizar desde el “giro afectivo”: de José Bianco a José Sbarra, de Néstor Perlongher a Alejandro Modarelli, de Manuel Puig a Pablo Pérez, hay un sinfín de escrituras maricas que esperan (des)orientar la tenacidad de nuestros guiones emocionales. En el caso de Correas, esa capacidad disruptiva y disolvente no sólo se reduce a los textos donde se tematiza la sexualidad. Como han advertido Eduardo Rinesi y Jung Ha Kang, los personajes sórdidos y desolados de Correas no son sujetos virtuosos que sobrellevan su contexto;

no padecen el mundo sino que se hunden en él... *eligen* zozobrar en esa realidad fangosa y turbia, *nauseabunda*, que es el mundo, degradarse (*trabajarse a sí mismos* en esa estricta y cabal degradación) en el fracaso, la soledad, la desdicha, la humillación, el asco... esa degradación no es en Correas un accidente ni una fatalidad, sino... una conquista (2005: 9).

En esa cantera de emociones negativas hay una poderosa capacidad de desintegración: hay un sujeto disoluto que se vuelve disolvente, hay una vocación de fracaso en la que la propia diferencia personal, como dicen Rinesi y Ha Kang, no logra superar la mediocridad del mundo (2005: 10-11). En "La narración de la Historia", por ejemplo, el autor hace que el protagonista eluda el destino conyugal en que podía derivar el relato para contar otra historia de presunto fracaso afectivo; de modo descarnado, establece los vínculos sexo-afectivos maricas en un terreno fangoso, en la fragilidad emocional que supone la errancia promiscua. En "En la vida de un pueblo", por caso, Correas parece dar otra vuelta de tuerca más radical aún: despega la errática identidad del protagonista de sus prácticas sexuales (homosexuales en el pasado; heterosexuales en el presente del relato) y al mismo tiempo se convalida que la salida de la deriva homosexual no encuentra en el regazo de la estabilidad matrimonial una conclusión satisfactoria. Ni el nomadismomarica, ni los rituales matrimoniales se convierten en el paisaje tranquilizador de una vida sedentaria. En estos y en otros textos en los que se despliega una homosexualidad anacrónica, Correas narra una singularidad sexo-afectiva que, sujeta al fracaso de no poder/querer "ser algo, alguien", desmorona nuestras certezas identitarias o afectivas. Más aún, hace visibles las costuras de una vida sexo-afectiva que no manejamos, un destino identitario precario y falible que no encuentra reconciliación ni realización alguna.

El particular mapa afectivo que se puede reconstruir a partir de los textos heterobiográficos de Correas tal vez resulten particularmente disidentes no por su capacidad para sugerir una trayectoria definida y unívoca; quizá sea su capacidad de desorientarnos lo que revele su potencia *queer*. En esos materiales de Correas no hay un plan de acciones por escrutar, no hay una gramática afectiva a la que debamos adherirnos como tabla de salvación; hay más bien una incómoda invitación a aceptar la opacidad de los afectos, a reconocer la ineficacia de las instituciones que tratan de encauzarlos, a admitir, en suma, que la singularidad emocional que somos puede convivir con el fracaso, puede hacer de la desdicha sexo-afectiva una forma de vida disfrutable.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Ahmed, S. (2018). Universalismo melancólico. *Altre Modernità*, n. 20 (novembre), 1-11.
- Bernini, E. (2011). La línea de la existencia. Correas, la homosexualidad maldita y lo *queer*. En Fraguas, J. y Muslip, E. (Comp.), *Decirlo todo: escritura y negatividad en Carlos Correas* (pp. 201-207). Los Polvorines: UNGS.
- Boero, M.S. (2017). *Trazos impersonales. Jorge Baron Biza y Carlos Correas. Una mirada heterobiográfica*. Villa María: Eduvim.
- Correas, C. (2005a). El revólver. En *Un trabajo en San Roque y otros relatos* (pp. 187-193). Buenos Aires: Interzona.
- Correas, C. (2005b). La narración de la Historia. En *Un trabajo en San Roque y otros relatos* (pp. 195-216). Buenos Aires: Interzona.
- Correas, C. (2014). *Los reportajes de Félix Chaneton*. Buenos Aires: Interzona.
- Cvetkovich, A. (2018) *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Barcelona: Bellaterra.
- Flatley, J. (2008). *Affective Mapping. Melancholia and the Politics of Modernity*. Cambridge-London: Harvard University Press.
- Halberstam, J. (2018). *El arte queer del fracaso*. Madrid-Barcelona: Egales.
- Love, H. (2007a). Compulsory happiness and queer existence. *New Formations*, vol. 63, nro. 1, 52-64.
- Love, H. (2007b). *Feeling Backward. Loss and the Politics of Queer History*. Cambridge-London: Harvard University Press.
- Love, H. (2015). Fracaso camp. En Macón, C. y Solana, M. (Eds.) *Preterito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado* (pp. 187-203). Buenos Aires: Título.
- Macón, C. (2016). 'Mapas afectivos': el MUME y el Parque de la Memoria como matrices críticas para la representación artística del pasado. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, vol. 3, nro. 6, octubre 2016, 10-27.
- Maristany, J.J. (2008). Entre Artt y Puig, el *affaire* Correas. Acerca de 'La narración de la Historia'. *Orbis Tertius*, 2008, vol. 13, nro. 14, 1-14.
- Maristany, J.J. (2011). De chongos y maricas: Genet, Correas y el infierno tan temido. En Fraguas, J. y Muslip, E. (Comp.), *Decirlo todo: escritura y negatividad en Carlos Correas* (pp. 217-230). Los Polvorines: UNGS.
- Muslip, E. (2011). 'Hechizos y desatinos': homosexualidad y narración en Carlos Correas. En Fraguas, J. y Muslip, E. (Comp.), *Decirlo todo: escritura y negatividad en Carlos Correas* (pp. 209-216). Los Polvorines: UNGS.
- Rinesi, E. y Ha Kang, J. (2005). Prólogo. En *Un trabajo en San Roque y otros relatos* (pp. 7-14). Buenos Aires: Interzona.

SOBRE EL AUTOR

Eduardo Mattio es marica feminista. Es doctor y licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC, Argentina). Es profesor de Ética en la Escuela de Filosofía e investigador en el Área de Feminismos, género y sexualidades (FemGeS) del Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichon de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFYH), UNC. Dirige el proyecto de investigación "Emociones, temporalidades, imágenes: hacia una crítica de sensibilidad neoliberal" (CIFYH, UNC). Ha publicado artículos y capítulos de libros en el país y en el extranjero sobre corporalidad, género y diversidad sexo-genérica. Ha sido docente en diversos programas de posgrado del país y profesor visitante en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

Correo electrónico: eduardomattio@gmail.com